



## MEDITACION XVII

DE LA RUPTURA.—(CONTINUACIÓN Y FIN.)

### II

DESPUÉS (CONTINUACIÓN).—LOS HIJOS DEL AMOR

Cuando yo pertenecía verdaderamente al mundo y al *demi-monde*, quiero decir, cuando no me despertaba por la mañana y no me acostaba por la noche, mártir de una idea fija, que hacía de mí un maniático de mis infortunios amorosos ¡ah!, la manía lúcida, la menos disculpable de todas, sentía un gusto apasionado por la conversación con las mujeres. Grandes o pequeñas señoras, burguesas o bohemias, camareras u obreras, sirvientas o modelos, todo sér con faldas me gustaba para conversar y tenía la suerte en aquellos tiempos de tratarme con un amigo que profesaba las mismas ideas que yo, ese quimérico d'Aurevilly, cuya compañía me alegraba tanto. ¡Cómo poseía el arte de hablar con todas, con las más degradadas, lo mismo que con las más etéreas! Pasábamos entonces, esto sucedió durante los veranos del 75 y

del 76, deliciosas veladas en el circo de los Campos Elíseos, en donde trabajaba en la cuerda tirante una acróbata llamada Oceanah, que volvía loco al pobre Barbey. «Sus ojos parecen tenerla compasión por su oficio», decía con esa agudeza de frases, tan natural en él. Cuando Oceanah acababa su trabajo, abandonábamos el circo y como la noche era suave y fresca, bajábamos a pie la larga avenida. D'Aureville se dejaba abordar por todas esas vendedoras de amor que pasean por las aceras y gastaba tanto talento en epigramas con ellas, como en los dos o tres salones que frecuentaba con gusto. Aquellas infelices, poco acostumbradas a que los paseantes las hablasen desinteresadamente, se equivocaban a veces de un modo extraño respecto a mi anciano amigo, y me acuerdo que una de esas noches en que acababa de hablar con dos de esas errantes, una de ellas, entregando su abanico a la otra exclamó: «¡Cuánto me gusta este hombre!», y cogiendo a mi amigo entre sus brazos, le levantó del suelo... Quería yo tanto a d'Aureville, admiraba tan profundamente en él al raro escritor, al perfecto hombre honrado, que experimenté un horrible disgusto ante una escena tan poco digna de su edad y de su talento. Pero cuando aquella mujer le soltó, se volvió hacia mí con un aire bonachón y al mismo tiempo de gran señor, que muy bien alía lo uno con lo otro, y tocando el hombro de aquella mujer con la punta del bastón que llevaba siempre.

—Es un rasgo de familiaridad...—dijo sencillamente y la hizo contar su historia...— ¡Qué lejos están aquellas noches de hace dos años, qué lejos, qué lejos!, y cuán lejos también el anciano *laird*, como le

llamábamos, y lejos el eco de su voz, cuando me decía: «Las mujeres son, con algunos raros amigos, las únicas criaturas que merezcan la pena de que se les hable... Todas conocen la vida, porque cada una de ellas ha tenido que arreglar la suya... y luego vos, que tanto habláis de la herencia, sabed que ellas son las únicas que conocen sus secretos, porque ellas solas saben verdaderamente quién es el padre de su hijo cuando lo tienen... Este es el motivo—añadía—, porque solamente la confesión es la que puede guiarlas en la educación de esos niños... Lo mismo que dos plantas de diferente esencia no necesitan el mismo cultivo; el hijo del amor y el del deber necesitan diferente dirección. Cuando se profundiza de este modo la vida humana, se encuentra siempre ocasión de admirar cada vez más el catolicismo... ¿Me oís, señor descreído?... Era yo, en efecto, bastante escéptico en aquel tiempo. «Y luego—añadía también—, aun cuando no fuera yo católico por convicción, lo sería por desprecio de esta triste época y para tener un balcón desde el que pudiera escupir a este pueblo...»

\* \* \*

Estas frases se han presentado a mi memoria en el momento de empezar esta *Meditación* sobre las consecuencias de la ruptura, sobre la suerte de los niños que sobreviven a la pasión que los ha engendrado, y recuerdo haber tenido después, respecto a la dolorosa cuestión de los hijos del amor, muchas conversaciones con mujeres; pero ninguna me ha enternecido tanto como la que tuve con una persona, que falleció

ya, madame de S... La vi en París, en la alta sociedad, y más tarde en Florencia, por Abril de 187... Estaba allí con su hija, niña de diecisiete años, de hermosos y puros ojos de un gris claro, que se obscurecían con la emoción, como los de su madre. Ésta era viuda, linda, muy linda, a pesar de que se aproximaba a los cuarenta, y tenía un modo de ser tal, que excluía completamente la idea que pudiera tenerse de galantearla. Viajaba por Italia procurando la salud de esa hija y tenía también un hijo más joven, que continuaba sus estudios en un colegio de París. Había tenido yo el buen sentido de comprender, desde el primer día que hablé con ella, que perdería el tiempo esperando sus favores de amor y nos tratábamos ni más ni menos que como amigos. Visatábamos juntos los museos en que giran en el césped las ninfas de Botticelli, las iglesias en donde sueñan los rudos burgueses toscanos con el Ghirlandajo, los conventos en donde rezan los ángeles del Angélico con sus alas salpicadas de oro, y recorriamos en una victoria los caminos bordeados con rosales hasta la cartuja de Ema, tan triste y tan fresca. Cuando la niña nos acompañaba, no hablábamos más que de artes; pero hallándonos algunas veces solos por la tarde en las orillas del Arno, en donde soplaban un aire demasiado vivo para los débiles pulmones de María, este era el nombre de la enfermita, nos complacíamos su madre y yo en descifrar juntos esos insolubles problemas del corazón, que de los veinte a los cuarenta años ocasionan tan crueles tormentos y que dejan pesares tan amargos. Fué en uno de esos días de primavera florentina, cuando aquella mujer de sonrisa tan dul-

ce y tan triste algunas veces, me contó esta historia que vale más, a mi parecer, que todas las disertaciones sobre los dolores que son la consecuencia de ciertas relaciones.

\* \* \*

—Era mi mejor amiga, empezó madame de S... habíamos hablado aquel día de las novelas de la vida pasada, más extrañas todavía que las escritas, y me anunció una. Era, como he dicho ya, mi mejor amiga, y hubiera yo jurado que no tendría nunca aventuras, porque cuando se casó estaba bien decidida a permanecer honrada. Permitidme que la designe con un nombre supuesto para que ninguna casualidad pueda daros a conocer el verdadero. Admitamos, pues, que se llama Marta. Un año después de su casamiento, Marta tuvo un hijo, y este es otro motivo, ¿no es así? para preservarla para siempre de cometer cualquier falta...; pero su corazón era apasionado y su marido brutal, indiferente y de poca inteligencia. En fin, la historia de siempre: que encontró a uno que la amó, y que supo decírselo. Circunstancias particulares de intimidad peligrosa, apresuraron la caída de Marta y tuvo de su amante un segundo hijo.

—Esto sucede muchas veces—dije yo viendo que permanecía silenciosa—; pero me gustaría conocer las emociones de una mujer de valía, cuando se encuentra así entre dos hombres de los que el uno es el verdadero padre del niño, y el otro el que cree serlo... Esto encierra una tragedia en tres actos, *antes, durante y después*, que ha de ser terrible, como no sea por demás cómica...

— Es horrible, contestó madame de S... moviendo la cabeza, y Marta no hubiera podido soportar las escenas de aquella tragedia, si no hubiese tenido su primer hijo... Estos contrastes entre los sentimientos que una mujer puede y debe conservar en su vida *compuesta*, es lo que no comprendéis bastante, vosotros los novelistas. Marta no tenía para su primer niño ese amor ardiente y ciego que la maternidad desarrolla en la mayor parte de nosotras... Su ternura era más reflexiva que instintiva, más razonada que espontánea; pero cuando se sintió madre por segunda vez, entonces fué cuando amó con delirio a su primogénito, pensando en el daño que le hacía dándole un hermano, que no era enteramente de su misma sangre... No sé yo explicaros esto, porque no soy una sabia; pero estoy certísima de lo que os digo, y también de que Marta era sincera al decirme que en la mañana del día en que nació su segundo hijo, abrazó llorando al primero y le besó con un amor que no sintió por él hasta entonces.

—Es un caso curioso—repliqué yo—porque se dice a menudo lo contrario, es decir, se pretende que la madre quiere más a los hijos del amor que a los otros, y esto parece natural, porque aquéllos le recuerdan la felicidad del corazón, mientras que éstos ..

—Posible es que así suceda con otras—continuó madame de S...—; pero lo que puedo afirmaros también es que, si bien el extremado cariño que Marta sintió para su primogénito la producía algún consuelo, el segundo, en cambio, la ocasionó grandes pesares... He aquí el por qué. El hombre a quien se había entregado, llevaba la existencia del rico desocupado que

conocéis de sobra. Era miembro de dos Círculos elegantes, tenía buenos caballos, que tomaban parte en las carreras y jugaba. Cuando Marta le conoció, aquel hombre tenía una de esas fisonomías encantadoras, tan engañosas en vosotros, como en las mujeres. Poseía una gracia natural en sus modales y una dulzura tal en las palabras, que les daban así como un reflejo de adolescencia. Creo que nada hay tan peligroso para un carácter débil, como el mimo que provoca invariablemente ese modo de ser, porque el joven acaba por creer, al encontrar indulgencia siempre, que todo le está permitido y que sabrá hacérselo perdonar todo. Se parece a un niño mimado; pero un niño mimado de treinta años es el cuádruplo extracto del egoísmo... y algo peor también algunas veces... El amante de Marta, lanzado a todo vapor en la embriagadora vida parisién, había vivido muy de prisa, ¿no es así como se dice? Gastó más que sus rentas y mermó su capital, quiso recuperarlo y jugó más que antes. Ganó, perdió, volvió a ganar, perdió otra vez y perdió siempre, hasta que un día tuvo que confesar a su amante que si no le ayudaba con su bolsillo, se hundía.. y ella le salvó...

—Permitidme—la interrumpió sonriendo—el no estar tan indignado como vos... Estas pequeñas maldades son muy frecuentes entre los jóvenes que no piensan más que en divertirse, y si se pudiera escurrir la conciencia de todos los que a estas horas suben o bajan por los Campos Elíseos montados en un caballo de trescientos luises...

—Dispensadme—interrumpió ella a su vez—si os digo que no comprendéis lo que es el corazón de una

mujer, lo necesario que le es no despreciar al que ama y cuán lentamente desaparece la estima en que le tiene. No; Marta no se indignó porque su amante le pidiera sacarle de aquel mal paso... Le amó y quiso amarle más; pero exigió de él uno de esos juramentos que las mujeres delicadas acostumbran a pedir con candidez a hombres como aquél. Quiso que le jurase sobre la cabeza de su hijo, que no volvería a tocar una carta y lo juró... Aun no habían pasado dos meses cuando volvía confesando una nueva pérdida e implorando ayuda... Marta le dió otra vez dinero, poseía magníficas alhajas, y las empeñó; pero esta vez el desprecio penetró en su corazón, para no desaparecer nunca... La infeliz mujer tuvo la vergüenza de ver a aquel hombre a quien tanto había amado, volver otra vez a pedirla lo mismo; y el día en que dijo rotundamente «no», el padre de su segundo hijo la amenazó con perderla valiéndose de las cartas que de ella tenía, y se vió obligada a rescatarlas... Sí, tuvo que pagarlas, tuvo que pedir ella misma el dinero a su madre confesándola la verdad, y pudo, por fin, despedir como a un lacayo al infame por cuya causa había faltado al más sagrado de sus deberes. ¡Y vivimos, sin embargo, después de tales agonías! ¿Cómo? ¿Qué energía desconocida nos sostiene?

—Es muy sencillo—dije yo—, Marta ha debido encontrarla en sus hijos.

—No, amigo mío.— Creo que nunca madame de S... me había tratado de este modo, y tengo que confesar que hasta más tarde no comprendí por qué este relato hacía vibrar en ella cuerdas tan sensibles. —No—continuó—, uno de sus hijos, el segun-

do, en vez de servirla de consuelo, le ocasionó angustias más trágicas todavía... Aquel niño se parecía a su infame padre de ese modo tan absoluto, tan exacto, que divulga la verdad, hasta el punto de encoger el corazón de la madre cuando alguien mira con alguna atención a aquel hijo de una falta. Luego se acostumbra uno a esa sensación, a no ser que, como le sucedió a Marta, se odie al antiguo amante, porque en tal caso, dicha semejanza lleva consigo un sufrimiento de un orden bien extraño. La madre no puede menos de estremecerse viendo reproducidos en su hijo los ojos, la boca, los cabellos, el gesto, el *alma*, en fin, de aquel a quien desprecia. Es, sin duda alguna, una especie de vergüenza... ¿Es culpa de ese niño el parecerse a su padre? ¿Aborreceré yo a mi hijo?—se dice ella—. Sería un monstruo... Estas ideas atraviesan por el cerebro de la infeliz mujer, las rechaza y abraza a su niño con más cariño; pero la semejanza está allí perenne y se impone como una obsesión. Luego un nuevo pensamiento se desarrolla, si ese parecido llegará a ser completo, si de las facciones pasará al corazón, si ese hijo será tan bribón como su padre... Y me es preciso añadir, para justificar en Marta estos pensamientos, que su antiguo amante había caído muy bajo, después de su ruptura. Adquirió, en primer lugar, esa fama de caballero de industria o petardista, que no impide en París que a un hombre se le reciba en todas partes; pero, sin embargo, cada cual comprende que, relacionarse con un personaje de tal jaez, es una inconveniencia. Se dice: «—Es singular, ¿de qué vive ese individuo?», y se añade luego: «—Qué me importa al fin.» Des-

pués se formulan en voz baja algunas acusaciones, luego en voz más alta circulan anécdotas de actos poco delicados. El hombre que se siente aludido se hace insolente, busca un desafío y lo encuentra; pero los íntimos amigos de su adversario dicen a éste: «—Hacéis mal, querido, nadie se bate con ciertos hombres...» Esta frase circula por los salones, y el día menos pensado el petardista es cogido en flagrante delito de alguna bribonada, como sucedió con el amante de Marta. Aquel hombre llegó a hacer trampas en el juego... Se le sorprendió, y aun cuando se echó tierra al asunto, aquel malvado desapareció para siempre...

—¡Pobre Marta!—exclamé a pesar mío.

—¡Ah! ¡Mucho más de lo que nunca os figuraréis!—exclamó a su vez madame de S...—Para que comprendáis cuál era su martirio, es necesario sepáis que jamás en lo sucesivo se apartó del recto camino.

Algunos experimentos curan para siempre el deseo de repetirlos. Si Marta era piadosa antes de su falta, lo fué más después, porque concibió la idea de que Dios la castigaría por su culpa en aquel hijo del adulterio, que iba creciendo, y con él el funesto parecido crecía también. No era todavía más que un niño, y tenía ya vicios del corazón casi desarrollados; los mismos que ella había llegado a conocer en su infame amante. Era astuto, hipócrita, sensual y débil, demostraba un egoísmo mezclado con caricias, que no engañaban a la desgraciada mujer, pues hallaba en aquel niño los mismos rasgos del carácter del hombre que tanto la había hecho sufrir. Su deber como madre estaba trazado, ¿no es así? El de combatir los

futuros vicios antes de su completo desarrollo...; pero ahora sí que vais a compadecerla, pues os digo que no podía hacerlo. Era casada, y su marido se empeñó en que él había de ser el que educase a su hijo; porque, ¡atroz ironía!, adoraba en ese segundo hijo, y en vez de la viril energía que era necesaria usar para con aquel niño, le trataba de un modo completamente opuesto a lo que exigía su naturaleza. Esto constituía un motivo de continuas reyertas entre el marido y la mujer, y lo peor de todo era que en medio de esas secretas angustias, de esos remordimientos y de esas escenas, Marta sentía de día en día disminuir su cariño para con su segundo hijo, a la vez que su ternura aumentaba para con el primero, que se parecía a ella, y en el que veía desenvolverse su misma sensibilidad... ¿Creéis que se hayan escrito muchas novelas más dramáticas que la de esa mujer, ni tragedias morales más terribles?...

—¿Cuál ha sido el desenlace?—pregunté.

—No lo ha habido—me contestó—; el niño murió demasiado joven.

\* \* \*

Anoté esta historia poco más o menos en los mismos términos con que acabo de transcribirla, y tanto llamó mi atención, que se la referí una noche a d'Aurevilly; pero me parece estar viendo a éste pararse en la calle, y decirme:

—¿No habéis adivinado que es su propia historia la que os ha contado esa mujer?

—No es posible—contesté yo.

—Vamos a ver, Claudio—repuso d'Aurevilly, po-

niéndome una mano en el hombro—, ¿creéis firmemente que una amiga le haya revelado ese secreto? Fijaos bien en lo que voy a deciros: ninguna mujer es capaz de confesar a otra, por más amigas que sean, el nacimiento de un niño en semejantes condiciones... ¿Qué ha sido de madame de S...?

—Ha muerto.

—Pero el hijo debe vivir. Esa mujer ha querido extraviar dos veces vuestro pensamiento, la primera no declarando el verdadero sexo de su primogénito, y la segunda haciéndoos creer en la muerte del otro... Procurad encontrar a éste, y hablaremos después...

Respondí a mi amigo con no sé qué broma respecto a la doble vista de que se lisonjeaba, y el tiempo fué pasando. Pero he aquí que un día, o más bien una noche, en casa de Phillips, esa célebre cantina en donde bebía yo alcohol en compañía de algunos camaradas, el nombre de S... llega a mis oídos. Este apellido, el mismo de la señora que me contó aquella historia, era el de un joven de unos veintidós años, de reluciente sombrero, que llevaba en el ojal de la levita una ramita de brezo en flor, el perfecto *dandy*, en fin, de la presente época, que sorbiendo un *cocktail*, indudablemente era el quinto, según el aspecto suyo y el de sus acompañantes, decía: «—Le hemos dado mate... Seis bancas de mil luises... No tendrá más remedio que saltar...»

Comprendí, al mirar a aquel muchacho, a quien la hermosura de un hijo del amor le rodeaba como una aureola, que d'Aureville tenía razón. Madame de S... y Marta eran una misma persona. Sí, mi amiga de

Florencia, al hablarme de un primer hijo, en vez de una hija, había querido despistarme, y el joven que tenía delante de mí, era el fruto de un furtivo amor. ¡Ay! Ya no tengo a mi querido d'Aureville para hablar con él del desenlace, que se acerca. Desde la noche en que vi a dicho joven en casa de Phillips, he tomado informes y estoy tan cierto de que es el mismo, como de la infamia de Coleta. Otra vez mi manía de que sabré mañana, pasado, o cualquier día, que ha acabado como acabó su verdadero padre. ¡Pobre Marta!... Decididamente ha sido una suerte que Coleta no me haya dado un hijo, porque así no veré encarnada, en algún pequeño sér, el alma perversa de aquella mala mujer. Verdad es que hubiera tenido de aquella mala mujer. Verdad es que fuese mío. ¡El accerico estaba tan bien provisto!